

MAQUINISTAS DEL TREN

La presente obra, a fuer de alcazareña, rezuma toda ella espíritu ferroviario y no son pocas las páginas en que se abordan abiertamente vidas o haciendas propias del carril.

Me agrada mucho el reencuentro de hoy con estos maquinistas tan caracterizados, que admiré cuando chico, estando ellos en la vejez, viéndolos a diario y con alguno teniendo bastante trato. Evocar su recuerdo y trazar su semblanza con criterio de hoy pero con las apreciaciones de entonces, revividas con singular complacencia, es para mí un verdadero placer y le veo la utilidad de que se conserve la imagen de esas figuras, casi legendarias, que contribuyeron a darle al lugar vida y **fermosía** muy particulares, como hubiera dicho cualquier yesero de la Cruz Verde. Y muy bien dicho, porque a los yeseros les entraba la **fermosía** directamente desde El Toboso y de la **fermosura** de Dulcinea. En todos ellos eran bien evidentes las huellas del oficio, no bastando a borrarlas el haber dejado de subir a las máquinas, por la categoría alcanzada, pues las llevaban tan dentro que hasta involuntariamente ejercían un magisterio que se enorgullecían de inculcar con ejemplaridad.

El que no haya hecho algún recorrido en las máquinas aquellas no puede tener idea de su infernal balumba y de lo que suponía para el maquinista el principio de obligatoriedad del servicio, su puntual cumplimiento y la lucha, a brazo partido, como hacían los médicos con las enfermedades, con la máquina, con el carbón de Puertollano, con el agua caliza, con el aceite sucio y la falta de presión, que paraba el tren en cualquier repecho a pesar de los bufidos de la máquina y de los triscos del maquinista, que contaba las sofocaciones por los viajes, cuando no a pares. El coraje de los maquinistas era de tal índole que en más de una ocasión, coléricos y sudorosos, tiraban el martillo con rabia contra la máquina o le pegaban, como los yeseros a su arre cuando no podían subir la cuesta o salir del bache en que habían caído y tiraban ellos más que las bestias. Los maquinistas hacían más fuerza con su cuerpo que el artefacto con su mecanismo: el cojinete, la biela, la caja de humos, el cajón de fuego, que a veces había que limpiar por el camino, el regulador que no obedece, el quedarse sin agua, el **penaero** sin cuento y como consecuencia la satisfacción propia del hombre como poseedor de la suficiencia y de la resistencia para soportar todo eso y salir adelante con ello, el orgullo de poder.

Este forcejeo sin parar, la tizne grasienta, la inestabilidad de la máquina, el continuo abrir y cerrar de la caldera, arrastre de pala y pica-fuego, martilleo y riego del carbón, mas los mil ruidos del convoy, imprimían a los maquinistas un carácter de gravedad que infundía respeto y no los abandonaba en ningún instante, pues hasta por la calle andaban como si estuvieran en la máquina, lentos, recalcados,